

Editorial

La imagen de La Moneda en llamas, reproducida en miles de ocasiones, representa uno de los más duros reveses de la historia de Chile. Al observarla, en la mayoría de los chilenos –inclusive en algunos de aquellos que apoyaron “la intervención militar”– emerge una mixtura de impotencia, rabia y dolor. Por cierto, es difícil quedar impávido frente a la fuerza visual y el peso histórico de esta imagen. El peso de esta imagen obligó a que la naciente dictadura iniciara rápidamente la reconstrucción del viejo edificio, de la misma forma que antes del ataque aéreo, un símil de lo hecho por los ingleses con el Parlamento después del bombardeo Nazi.

Marc Bloch, un insigne historiador y activo participante en la Resistencia francesa, asesinado por los nazis en junio de 1944, escribió uno de los más importantes textos de teoría de la historiografía para responderle a un niño qué era la historia. Análogamente, si intentamos responderle a la ingenuidad nacionalista de un niño, quien al ver esa repetida imagen de La Casa de Gobierno en llamas con la bandera quemándose pregunta, ¿Dónde estaban los militares chilenos que no la defendieron?, resulta difícil poder responderle con la claridad y profundidad teórica de quien escribía para doctos y legos. Por cierto, cuarenta años después es analíticamente posible entender el golpe de estado cívico militar en el contexto chileno e internacional de confrontación de la llamada Guerra fría. Aun así, la brutalidad política y la irracionalidad del bombardeo de La Moneda, los “excesos”, –uno de los tantos eufemismos que emergieron en el lenguaje político– y la irrupción de un oscuro personaje en la dirección del país, que representaba la más clásica imagen caricaturizada del dictador latinoamericano, resultan difíciles de explicar. Seguramente, el tema copará mucha de la historiografía venidera acerca del Chile de la segunda mitad del siglo XX.

La potencia de la imagen de portada ha dejado una impronta en generaciones y, seguramente, persistirá en el tiempo. No obstante, el juego de símbolos nacionalistas y republicanos, tales como la bandera o el denominado Palacio de Gobierno en llamas,

pareciera que obnubila a muchos, centrando su mirada en el recuerdo de la destrucción de la casa de los presidentes, para “olvidar” las imágenes del dolor humano, “la desaparición”, la tortura y el exilio que se considera como parte de una monserga izquierdista destinada “a lavar el cerebro” de las nuevas generaciones. Algunos de quienes sustentaron políticamente la dictadura aparecen, años después, golpeados por una ventisca de remordimiento, pidiendo perdón al vacío, en una acción política blanqueadora y cristiana, obligando a la sociedad a comprender y participar en la lógica del arrepentido que busca su ingreso al paraíso de la democracia. Por cierto, también están los otros, aquellos que persisten en sus justificaciones guardando silencio o minimizando los hechos con los eufemismos característicos del periodo, tales como: intervención militar, apremios ilegítimos, desaparición, excesos o “justicia en la medida de lo posible”, esta última, inolvidable frase de Patricio Aylwin, un político chileno que después de apoyar el golpe de estado, en 1973, devino en el primer presidente post-dictadura, en 1990.

No está demás esclarecer que la Historia reciente de Chile y Latinoamérica no es, precisamente, un campo de paz y armonía. Tampoco lo es la praxis historiográfica que busca comprender el periodo, dado que es en el espacio intelectual donde continúan otras luchas, esta vez por la memoria, en que la reconstrucción analítica del pasado supone la existencia de una objetividad científica que resulta difícil de sustentar. Precisamente, porque los investigadores que escriben acerca del periodo –sin contar a los asesinados, como fue el caso de Fernando Ortiz, cuyos restos solo “aparecieron” después de treinta y seis años– no están exentos de haber vivido un variopinto conjunto de experiencias: el exilio, la tortura o algunas de las múltiples prácticas persecutorias que existieron en las universidades chilenas, viviendo con la amenaza de la exoneración. En el mejor de los casos fue posible, para algunos, acceder a trabajar en un centro de investigación alternativo o en una ONG, cuando esto no se pudo, muchos académicos y jóvenes investigadores, debieron postergar su compromiso historiográfico, para buscar formas alternativas de supervivencia, en un trabajo

que no era el suyo. Por otra parte, también es importante la mirada historiográfica de quienes guardaron silencio anuente durante el periodo, sin nombrar a los profesores que delataron colegas y alumnos, algunos de ellos hoy connotados “hombres de saber”, laureados nacionalmente.

En este contexto, es difícil que quien asuma la tarea de analizar el pasado no lo enfrente emplazado en su propia postura política, principalmente porque toda investigación supone la existencia de un aparato teórico, epistemológico e ideológico. Como alguna vez escribió Adam Schaff, existe el condicionamiento social del conocimiento, en virtud del cual una persona pertenece a un tiempo, un grupo etario, una sociedad que enmarcan su pensar y hacer intelectual, alejándolo de la objetividad aséptica y científica, para convertirse en un análisis donde no podemos despojarnos de la particularidad de nuestra mirada. Consientes de estas limitaciones, debemos pensar que el trabajo historiográfico, aun siendo comprometido, no puede abandonar la rigurosidad y el método característico de un cientista social.

Por estas razones, la edición que el lector tiene en sus manos es muy valiosa. En primer lugar, está dedicada exclusivamente al tema discutido con antelación. En segundo lugar, en la entrega han participado investigadores nacionales y extranjeros; jóvenes y seniors, quienes desde ópticas diferentes analizan diversas fases de la experiencia histórica del gobierno de Salvador Allende y de la posterior dictadura cívico-militar que controló el país por 17 años.

El primer artículo, corresponde al análisis de Julio Pérez Serrano, quien aborda las vicisitudes internacionales del año 1973, centrándose en lo que considera las claves que componen la aparición del capitalismo global, analizando un conjunto de hechos suscitados durante diez meses en diferentes partes del mundo. El artículo de Pérez Serrano estudia una nueva fase del capitalismo compuesta por inestabilidad de los mercados cambiarios de divisas, el neoliberalismo y el avance tecnológico sin parangón en la historia mundial. El autor trabaja con la perspectiva política del ensayo de aplicación del modelo de tránsito a la democracia

como alternativa a la revolución social. Su trabajo también aborda el ámbito de la cultura, donde estudia la hegemonía del discurso globalista, en el contexto de lo que denomina el paradigma global.

Por su parte, Mario González dedica su artículo a analizar a los intelectuales de las revistas *Portada* y *Qué Pasa*, buscando explicar a través de ellos lo que denomina como el “germen de un nuevo proyecto social” durante el año anterior al inicio del gobierno de Allende hasta la constitución de 1980. El autor analiza el contexto histórico para explicar la postura de un grupo de intelectuales de derecha que evaluaba las dimensiones sociales, económicas y políticas de las transformaciones que el centro y la izquierda chilena realizaban en los años finales de la década de los sesenta y el inicio de los setenta. El autor formula la hipótesis de que ésta fue una experiencia que redundó en contribuciones al “proyecto social” de la dictadura, al establecimiento del neoliberalismo y al concepto de “democracia autoritaria”.

El tercer artículo es de Manuel Fernández y tiene como idea central fijar una ruta de discusión para establecer un análisis de lo que el autor reconoce como “dispositivos legados” por la dictadura cívico militar que se entronó en el Chile, que se materializaron en una “memoria oficial” que establece su mirada de los sucesos en aras de perpetuarla como una mirada de futuro. Esta idea es cuestionada desde la óptica de Fernández para conducirnos a un necesario debate que pueda aportar a la búsqueda de nuevas rutas y propuestas de un futuro colectivo.

En el siguiente artículo, Caterina Preda presenta un análisis del arte de memorialización, realizado por artistas chilenos a propósito de los cuarenta años del golpe de Estado. El artículo estudia un conjunto de expresiones artísticas, tales como intervenciones del espacio público y en los museos, como parte de un cuestionamiento a las deudas pendientes en temas de derechos humanos y consolidación democrática, a partir del uso de recursos simbólicos que instalan esta crítica. El punto central es constatar la capacidad del arte para contribuir a la generación de una memoria inclusiva de la dictadura.

En quinto lugar, Gennaro Carotenuto, realiza un trabajo de historia reciente comparada a partir de las experiencias dictatoriales de Argentina, Chile y Uruguay a partir de los informes sobre las violaciones a los derechos humanos, la sanción penal y los cambios legislativos del siglo XXI. El autor centra su estudio en el binomio esclarecimiento-sanción, en los países señalados, a partir de los informes acerca de violaciones a los derechos humanos durante las dictaduras cívico-militares de las décadas 70 y 80, que devastaron la región y las sanciones penales que éstas eventualmente presentaron. El análisis tiene como objetivo central la individualización de permanencias y continuidades de hegemonía política que parecen ser el nudo gordiano del problema.

El artículo de Franck Gaudichaud se basa en un extenso estudio de parte de la literatura historiográfica existente en torno a Chile de la unidad popular, su reflexión crítica busca establecer, basándose en el concepto de “paisaje de la verdad del historiador” Michael Löwy, las principales tendencias de interpretación del proceso. Según el autor, el texto busca, esencialmente, ir a contrapelo de unas visiones que tienen como centro las instituciones y los partidos políticos, para arremeter con la realización de “un retorno a lo social” que contribuya a la explicación de este fenómeno histórico, en aras de fijar la ruta en dirección a estudios que den peso a la historicidad, las luchas sociales y acciones colectivas del periodo de la Unidad Popular.

En penúltimo lugar, Matías Ortiz, estudia El tercer congreso del MIR y los componentes generacionales, la re-estructuración y los cambios en la militancia mirista entre los años 1967 y 1969. Efectivamente, el autor analiza las implicancias del tercer congreso de MIR de 1967 y el impacto que tuvo en el cambio generacional del Movimiento, abandonando los principales cargos los antiguos revolucionarios para que emergiera un nuevo grupo dirigente conformado, principalmente, por Miguel Enríquez, Bautista Van Schouwen, Luciano Cruz y Andrés Pascal Allende.

La entrega incluye una entrevista realizada durante el mes de septiembre de 2013 a Patricio Guzmán en las dependencias de

Champs Libres, el más importante espacio cultural público de la ciudad de Rennes (Francia). La conversación mantenida entre Patricio Guzmán, Jimena Obregón y quien escribe, estaba orientada a conocer los detalles de la producción de *La batalla de Chile*, un documental que alcanzó ribetes testimoniales, marcando con su impronta la visión de una época. A la par, se pretendía conocer los puntos de vista del realizador de este documental, quien trabaja la lucha por el cambio social, una *batalla* que para muchos aún no termina.

Cerrando la entrega, incluimos tres libros recientemente publicados y que tratan el tema central de esta edición. Nancy Nicholls, presenta el texto de Steve J. Stern, *Luchando por mentes y corazones. Las batallas de la memoria en el Chile de Pinochet*. (Santiago, 2013); Matías Sánchez, trabaja el texto de Frank Gaudichaud, *Chili 1970-1973: Mille jours qui ébranlèrent le monde* (Rennes, 2012); cerrando la entrega con la reseña de Danny Monsalve del libro de Rodolfo Fortunati, *La Democracia Cristiana y el crepúsculo del Chile popular*. Cuadernos de la Memoria (Santiago, 2012)-

Finalmente, debemos agradecer la confianza de los autores en la revista *Tiempo Histórico*, publicación cuya regularidad y calidad de los textos presentados contribuyen a posicionarla sólidamente después de tres años de ediciones ininterrumpidas y seis números publicados.

Con este número, en particular, esperamos aportar al conocimiento y debate de un proceso histórico que ha marcado la historia reciente de Chile, que requiere ser discutido y re-pensado, socializando los resultados de este ejercicio intelectual para contribuir desde la historiografía a realizar nuestro pequeño aporte a la consolidación de las demandas de participación y construcción de un país que abra, amplíe y llene las *Grandes alamedas* con que soñó el Presidente Salvador Allende Gossens.

Milton Godoy Orellana
Doctor en Historia
Universidad de Chile.